

Alfredo Pastor

La ciencia humilde
Economía para ciudadanos

ARES y MARES

ducción no tardará en caer, y si la situación persiste, se resentirá el empleo.

No puede decirse que los problemas del análisis de corto plazo sean más importantes, o más interesantes, que los que atañen a largo plazo; en realidad, uno debiera estar pensando más en los segundos, ya que, como hemos visto, son los problemas de fondo los que acaban conformando nuestra historia. Sin embargo, es cierto que los primeros resultan más apremiantes y, todo hay que decirlo, al abordarlos el economista se siente nadar en aguas más seguras. Dejaremos, pues, el largo plazo durante los próximos capítulos para volver a él hacia el final de esta obra.

Notas de lectura

Los trabajos que ofrecen una perspectiva temporal muy dilatada resultan especialmente interesantes cuando se habla del crecimiento económico. Entre ellos destacan los de Angus Maddison, *Monitoring the World Economy, 1820-1995*, 1995 y *The World Economy: A Millennial Perspective*, 2001. El trabajo de William Easterly, *The Elusive Quest for Growth: An Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, 2002, trata del papel de las instituciones multilaterales, especialmente en el Banco Mundial, en el desarrollo. La referencia al precio de la luz está tomada del trabajo de W. Nordhaus, «Do Real Output and Real Wages Measures capture Reality? The History of Lighting suggests not», 1994.

Capítulo 2

LAS CUENTAS DE UNA ECONOMÍA

No puedo decir que durante los cinco años que siguieron me ocurriera nada extraordinario: seguí viviendo del mismo modo, en el mismo lugar y en la misma posición que antes; mis principales ocupaciones eran las labores anuales de plantar mi cebada y mi arroz, secar mis pasas, de las que siempre mantenía una provisión equivalente a las necesidades de un año, y la tarea diaria de salir a cazar con mi escopeta; me empeñé además en construir una canoa.

DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*, 1719

El flujo circular

En el primer capítulo hicimos uso del PIB —el Producto Interior Bruto— como medida del tamaño de una economía, sin dar de él una definición en toda regla, porque no hacía falta: todos tenemos la idea, más o menos confusa pero acertada, de que el PIB mexicano del año 2000 es lo que se produjo en México en ese año. Ahora hace falta entrar en el detalle, no para cargarnos de erudición, sino para familiarizarnos con el funcionamiento de una economía como la nuestra.

La economía más sencilla posible se compone de familias y

empresas.¹ Las familias son, directa o indirectamente, las propietarias de los activos de la economía que producen rentas: de sus tierras, edificios y empresas (si son accionistas de ellas); venden sus servicios a las empresas: les arriendan sus tierras a cambio de una renta, les alquilan sus edificios, les prestan su dinero a cambio de un interés y, sobre todo, trabajan para ellas a cambio de un salario. Todas esas transacciones se realizan en lo que llamamos *mercado de servicios productivos* que, naturalmente, no es un mercado, sino muchos mercados distintos. Por su parte, las empresas utilizan los servicios ofrecidos por las familias como factores de producción; los organizan y combinan con materias primas para producir bienes y servicios. Una pequeña parte de los bienes producidos —las máquinas— son para su propio uso; el resto está destinado a la venta a las familias. Éstas acuden al *mercado de bienes finales*² a comprar lo necesario para su consumo, y pagan sus compras con la remuneración que han percibido de las empresas; éstas, a su vez, emplean los ingresos percibidos por sus ventas para pagar a las familias en la siguiente ronda de producción. La Figura 2.1 es una representación gráfica de esta economía.

Aunque no lo parezca, este esquema tan sencillo captura algunos de los rasgos esenciales de una economía de mercado: en la práctica, la mayor parte de los activos productivos de una economía son de propiedad privada, la totalidad del trabajo empleado por las empresas ha sido contratado a las familias, la mayor parte de los bienes y servicios producidos se destinan al consumo privado y, por último, la economía de un país es, a grandes rasgos, un sistema cerrado como el de la figura. El flujo que circula entre familias y empresas a través de los mercados permanece constante a lo largo de todo el circuito: nada se crea y nada se destruye en esta economía, de tal modo que los bienes

1. Las unidades que aquí llamamos «familias» se llaman *households* en inglés; nuestro Instituto Nacional de Estadística las llama «hogares».

2. Se llaman bienes finales porque están destinados al consumo final, para distinguirlos de los bienes intermedios: una barra de pan es un bien

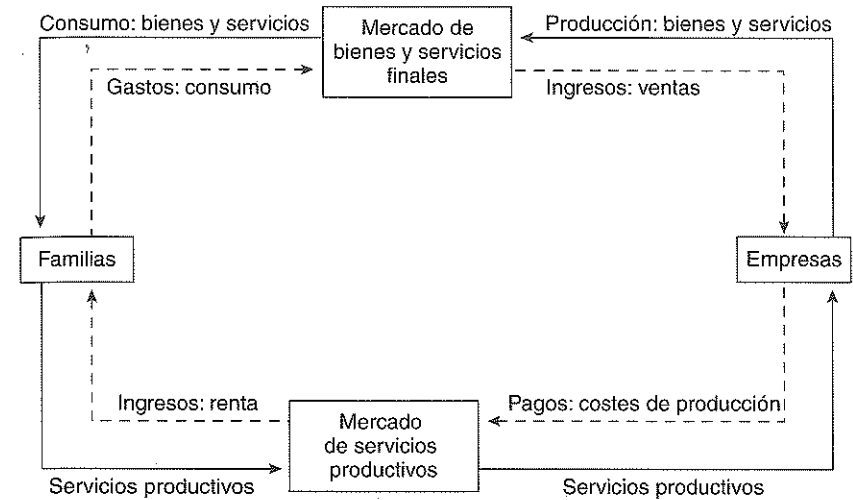


FIGURA 2.1. El flujo circular.

y servicios que circulan, que constituyen lo que llamamos el Producto Interior Bruto, pueden ser medidos en cualquier punto del circuito, y su valor ha de ser siempre el mismo.

Si se mide el flujo a la entrada de las familias, el resultado es la *renta nacional*: la suma de salarios, alquileres, rentas, intereses y dividendos percibidos por los ciudadanos en tanto que vendedores de servicios productivos. Medido a la entrada del mercado de bienes, el flujo representa la suma de las órdenes de compra que llegan al mercado. La mayor parte de esas órdenes proviene de las familias, y corresponde a las compras de bienes de consumo; el resto proviene de las empresas, y corresponde a las compras de bienes de inversión; la suma de ambas clases de órdenes suele llamarse *demanda agregada*, o gasto total, de la economía. Si medimos el flujo a la salida de las empresas, éste expresa el valor de la suma de bienes producidos por las empresas, es decir, el Produc-

final, un saco de harina un bien intermedio. Para el cálculo del Producto Interior Bruto se incluyen sólo los bienes finales (barras de pan y automóviles, no sacos de harina y planchas de acero) para no contar la misma cosa varias veces.

to Interior Bruto al que nos referimos más arriba. La figura nos indica que la diferencia entre renta, demanda y producción es sólo de perspectiva: los tres conceptos miden lo mismo.

Este esquema recuerda también que la economía de un país no es como una empresa: ésta es un sistema abierto, que toma elementos del mundo exterior, los transforma en productos y vuelve a lanzarlos al exterior al venderlos. Un ejemplo puede ilustrar la diferencia entre ambos tipos de sistemas. Si un empresario reduce los salarios de sus empleados, o despide a parte de ellos para ahorrar costes, no pensará que sus ventas vayan a disminuir: sus empleados no son necesariamente sus clientes. En cambio, si en una economía disminuyen los salarios de los trabajadores, éstos reducirán sus gastos: caerá el consumo, es decir, la demanda agregada, y las ventas del conjunto de las empresas. Así vemos como, en la economía de un país, productores y consumidores, empleados y clientes, coinciden: es un sistema cerrado.³

El ahorro y la inversión

Trataremos ahora de añadir algo más de detalle. En el esquema de la Figura 2.1 parecía que las familias consumieran toda su renta, y las empresas sólo produjeran bienes de consumo. Naturalmente, esto no es así: las familias consumen una parte de su renta, y ahorran la mayor parte del resto. La mayoría de ese ahorro va a parar, de una forma u otra, al sistema financiero. Por su parte, las empresas acuden al sistema financiero para obtener

3. Un viejo chiste ayudará al lector a fijar las ideas: un pobre acude al médico —en los días en que los médicos tenían consulta gratuita y no había asistencia sanitaria pública— con una dolencia. Tras haberle escuchado, el doctor le da unas pastillas: «Tómese una —le dice— después de las comidas». «Doctor —le pregunta el pobre— ¿y quién me dará las comidas?» A menudo se habla de los beneficios de algo para el consumidor sin tener en cuenta que para ser consumidor hay que haber sido antes productor.

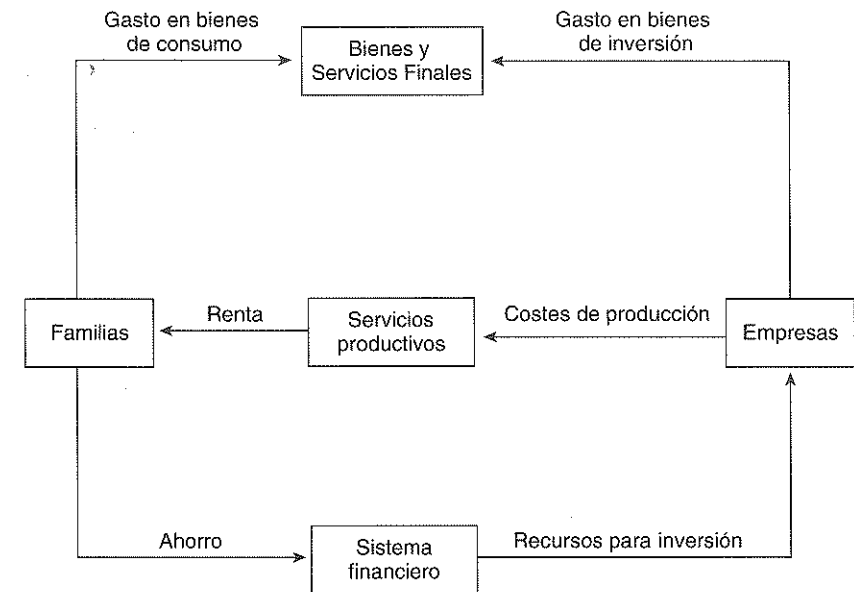


FIGURA 2.2. El ahorro y la inversión.

los fondos necesarios para ampliar su capacidad de producción, mejorar la calidad de su maquinaria o desarrollar nuevos productos, es decir, para financiar gran parte de sus inversiones. Vemos así cuál es el papel del sistema financiero: éste permite conciliar el deseo de las familias de reservar parte de su renta para el futuro —el ahorro— con los planes de las empresas, que quieren recursos hoy para poder producir más o mejor mañana.⁴

La Figura 2.2 incorpora estos nuevos elementos: si ahora medimos las entradas y salidas en las familias, obtenemos que la renta nacional (las entradas) es igual a la suma de consumo y ahorro (las salidas); por consiguiente,

4. Aquí suponemos que el sistema financiero está constituido por entidades bancarias. En la práctica, una familia puede colocar sus ahorros en una póliza de seguros, y una empresa puede financiarse emitiendo obligaciones en el mercado. Esta complicación, y otras muchas que se dan en la práctica, no cambian las cosas: las obligaciones serán adquiridas por una compañía de seguros, y el resultado final será el mismo: el ahorro privado estará financiando la inversión.

Renta nacional = consumo + ahorro.

Si nos situamos en el mercado de bienes y servicios y sumamos las órdenes de compra que llegan a él para obtener, como antes, la demanda agregada, vemos que parte de esas órdenes corresponden a gastos de consumo, y el resto a gastos de inversión. Por consiguiente,

Demanda agregada = consumo + inversión.

Pero esas órdenes de compra son, como ya hemos visto, iguales a lo que entra en el mercado de bienes, es decir, al PIB, y el valor del PIB ha de ser igual al valor de las remuneraciones percibidas por las familias, es decir, a la renta nacional. Si tanto la demanda agregada como la renta nacional son iguales al PIB, también serán iguales entre sí:

$$\begin{aligned} \text{Renta nacional} &= \text{consumo} + \text{ahorro} = \text{consumo} + \\ &+ \text{inversión} = \text{Demanda agregada.} \end{aligned}$$

Es decir, ya que el consumo es el mismo en ambos casos,

Ahorro = Inversión.

Esta igualdad entre el ahorro y la inversión es lo bastante importante como para que nos entretengamos un poco en ella. Se trata primero de entender su significado en un ejemplo sencillo, para trasladarlo luego a una economía como la de la Figura 2.2.

Robinson Crusoe es el gran amigo del economista, porque su economía es la más sencilla posible. Solo en su isla, Robinson pasa la mayor parte de su tiempo procurándose lo necesario para su sustento; mediante un esfuerzo incesante logra mantener una dieta equilibrada, supongamos que de cocos y pescado; su renta es, naturalmente, idéntica a su producción, y ésta a su consumo.

Un día, a Robinson se le ocurre fabricar una escalera que le permitirá alcanzar los cocos de las palmeras, en lugar de esperar

a que caigan al suelo. Eso hará posible que aumente su consumo de cocos (o que coma los mismos, pero disfrute de más tiempo libre). Pero procurarse una escalera lleva tiempo: Robinson calcula que tardará tres días, trabajando de sol a sol, en construirla. Como durante esos tres días no podrá dejar de comer, antes de empezar la construcción deberá haber acumulado una cantidad de pescado y de cocos suficiente para alimentarse durante esos tres días: deberá ahorrar —consumiendo sólo una parte de su renta— para financiar su inversión. Esto corresponde a la intuición popular: para aumentar la capacidad de producción —para invertir— hay que ahorrar primero. Los recursos necesarios para la inversión han de provenir de renta no consumida, es decir, ahorrada: éste es el significado de la igualdad ahorro-inversión en el caso más sencillo posible.

En una economía como la nuestra se presenta una primera complicación: Robinson decidía a la vez cuánto ahorrar y cuánto invertir, pero en nuestra economía las decisiones de ahorro y las de inversión las toman personas distintas, y no se consultan unas a otras antes de tomarlas. Así, cuando un padre de familia decide cuánto va a ahorrar en un año, no pregunta antes a un empresario amigo suyo cuánto tiene éste pensado invertir; al revés, las empresas toman sus decisiones de inversión sin preocuparse por los planes de ahorro de las familias. Y, sin embargo, acabamos de ver que al final del año, cuando se hagan las sumas, la cifra de ahorro coincidirá con la de inversión. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué mano oculta ha conseguido que la suma de millones de decisiones de ahorro coincida con la de miles de decisiones de inversión? El cuadro siguiente nos ayudará a desvelar el misterio:

CUADRO 2.1. La igualdad ahorro-inversión (en miles de millones de euros)

Años	Renta (= PIB)	Consumo	Ahorro	Inversión
1	100	60	40	40
2	100	50	50	50

En el año 1, el valor de la producción total es de 100mM de euros, lo que coincide con la renta percibida por las familias en concepto de salarios, intereses, dividendos y demás. Por su parte, las empresas han producido bienes de consumo por valor de 60 mM de euros, y bienes de inversión —maquinaria— por valor de 40; como las familias han decidido ahorrar 40, sus gastos de consumo coincidirán con el valor de los bienes de consumo producidos por las empresas; la parte no consumida de la renta (40) coincide con la suma de recursos que las empresas necesitan para adquirir los bienes de inversión producidos (40). Naturalmente, el ahorro es igual a la inversión. Todo está en orden.

En el año 2, las empresas no han considerado oportuno cambiar de planes, ya que sus previsiones para el año 1 se han cumplido, pero los consumidores se han vuelto más cautos: por alguna razón, han decidido consumir menos (50 mM de euros en lugar de 60) y, naturalmente, ahorrar más. Si el ahorro ha aumentado, debe haber aumentado la inversión al final del año 2, y esto es lo que nos dice la segunda fila del cuadro: la inversión ha aumentado de 40 a 50, para igualar al ahorro. Parece que todo vuelve a estar en orden, pero hay una diferencia. ¿Cuál es? La respuesta nos la da la inversión. En el año 1, la cantidad invertida por las empresas (40) era exactamente la que tenían previsto invertir, y en el año 2, no: las empresas han producido bienes de consumo por valor de 60, como en el año anterior, pero sólo han vendido 50, los que han decidido consumir las familias; los restantes, por valor de 10mM de euros, han vuelto a sus almacenes, bajo la forma de inversión en inventarios. Así, la inversión ha aumentado hasta 50, pero ese aumento de 10mM de euros no estaba previsto por las empresas. Mientras que en el año 1 todos los planes se han cumplido, en el año 2 esto no es así. Si el año 1 puede repetirse indefinidamente, porque nadie tiene motivos para variar su comportamiento, el año 3 no será igual al año 2: al ver frustrados sus planes, las empresas reaccionarán. Durante el año 3, si creen que el descenso del consumo es transitorio, quizá decidan liquidar sus existencias a precios de saldo; si consideran

que es permanente, quizá reduzcan su capacidad cerrando líneas de producto y reduciendo su plantilla; lo que es seguro es que algo harán; aunque al final del año 3 la inversión seguirá siendo igual al ahorro, la economía no estará donde estaba al final del año 2. Un economista dirá que en el año 1 la economía estaba en equilibrio, y en el año 2 no. Y una economía que no está en equilibrio se mueve en alguna dirección. Pero para el lector el concepto de equilibrio no es tan importante como las tres ideas implícitas en nuestro ejemplo.

La primera es que no basta con mirar los datos para hacerse cargo del estado de una economía. Lo que hace que la economía se mueva es el hecho de que los datos no coincidan con lo que los agentes —las empresas en nuestro ejemplo— habían previsto: es difícil prever lo que hará una economía sin tener una idea de lo que los agentes esperan, de sus planes, ya que es la comparación entre los planes y la realidad lo que pone a la economía en movimiento. Por consiguiente, como sabe cualquier jugador de Bolsa, para prever lo que ocurrirá hay que tener en cuenta lo que la gente piensa que va a ocurrir, algo completamente innecesario en el estudio de un sistema físico, ya que la materia inerte ni piensa ni espera nada; algo probablemente de dudoso interés en botánica o en zoología, pero indispensable en economía. Esta necesidad de incorporar las expectativas al análisis añade dificultades al estudio de la economía que uno no encuentra en las ciencias de la Naturaleza, y que han hecho dudar a muchos de la posibilidad de construir una ciencia económica —o cualquier ciencia social— según el modelo de las ciencias naturales.

La segunda idea es que, si bien es inevitable que desajustes como los del ejemplo anterior se produzcan continuamente, ya que las decisiones se toman de forma independiente por parte de familias y empresas, una economía de mercado tiene medios de avisar cuando esos desajustes superan cierto umbral. Así, cuando las familias deciden consumir menos, es probable que los precios de los bienes de consumo terminen por caer, seguramente porque las empresas tratarán de deshacerse de sus exis-

tencias —la inversión no prevista— liquidándolas a precios de oferta; estos precios inferiores de los bienes de consumo harán que su producción resulte menos atractiva, y las empresas, en cuanto puedan, abandonarán la fabricación de bienes de consumo y se dedicarán a otros negocios. Vemos, pues, cómo, en una economía de mercado, los precios son las señales que transmiten a las empresas las preferencias de los consumidores, orientando así la asignación de los recursos.

La tercera idea es que, si bien los precios ayudan a eliminar los desequilibrios entre oferta y demanda, el proceso no es ni perfecto ni instantáneo: pero en ocasiones los precios suelen subir con facilidad, como veremos al hablar de la inflación, se resisten con obstinación a bajar. Como veremos al hablar del desempleo, los salarios son un ejemplo de ello. Otros precios están fijados por ley y, en otros casos, las empresas consideran que la caída de la demanda es transitoria y prefieren mantener sus precios antes que bajarlos para luego volverlos a subir. En todos estos casos, los desajustes entre la realidad y las expectativas pueden durar mucho tiempo, y es precisamente esa persistencia, o esa inercia, la principal justificación de la existencia de políticas económicas activas, como la monetaria o la fiscal, que tratan de suavizar las consecuencias de esos desequilibrios.

El Estado y el sector exterior

En la Figura 2.2 falta añadir el Estado y el sector exterior para lograr un esquema que se parezca un poco más a las economías que conocemos; la Figura 2.3 los incorpora.

El Estado ocupa el centro de la figura porque el sector público interviene, en mayor o menor medida, en la marcha de toda la economía. Por una parte, modifica la *renta disponible* de las familias restando de las remuneraciones percibidas por su contribución al proceso productivo los *impuestos directos* (el IRPF en nuestro caso) y añadiendo las *transferencias* (prestaciones de

desempleo, pensiones, ayudas familiares); hace algo parecido con las empresas, restando de sus ingresos los impuestos directos (Impuesto de Sociedades en nuestro caso) y añadiéndoles transferencias (ayudas y subvenciones). Por otra, gasta parte de los ingresos obtenidos en la compra de bienes y servicios (desde ordenadores hasta servicios de restauración), directa o indirectamente, a través de agencias como la Sanidad pública; otra parte la emplea en inversión, por ejemplo en infraestructuras públicas; y también acude al mercado de servicios productivos para contratar personal. Por último, cuando el Estado gasta más de lo que ingresa —cuando el presupuesto presenta un déficit— pide prestado lo que le falta, endeudándose con el sistema financiero o emitiendo títulos de deuda pública y colocándolos entre las familias. En las raras ocasiones en que ingresa más de lo que gasta —cuando sus cuentas presentan un superávit—, suele invertir la diferencia a través del sistema financiero (las líneas correspondientes han sido omitidas en la figura, para no hacerla ilegible).

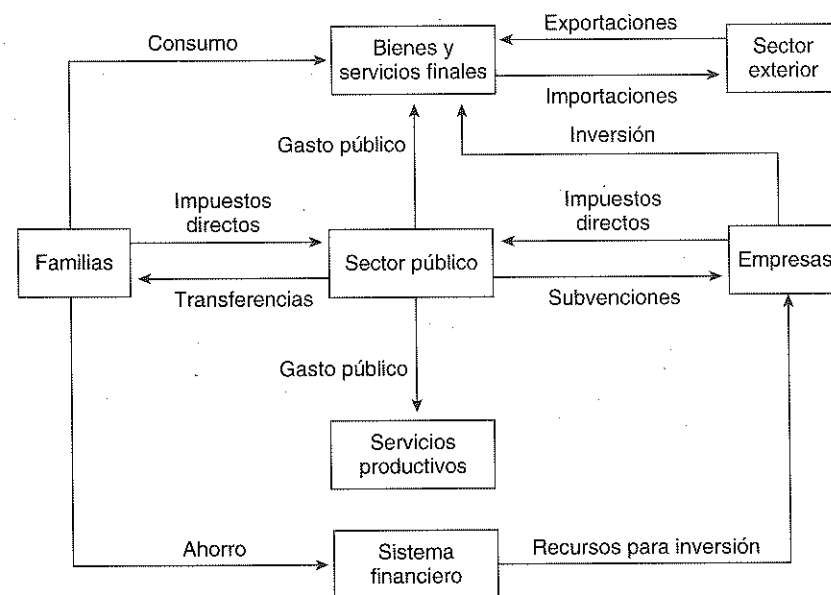


FIGURA 2.3. El esquema completo.

En el mercado de bienes, parte de las órdenes de compra que allí llegan proviene de familias y empresas de otros países, que se añaden a la demanda de nuestras familias y empresas —la demanda interna— y por las que nuestra economía percibe unos ingresos que denominamos *exportaciones*. Del mismo modo, parte del gasto de nuestras familias y empresas se dirige hacia bienes y servicios producidos en otros países; se realiza, pues, fuera de nuestro mercado, y da lugar a unos pagos que denominamos *importaciones*. La diferencia entre exportaciones e importaciones se llama a veces *saldo exterior*, a veces *saldo por cuenta corriente*: hablamos de un déficit exterior cuando las exportaciones son menores que las importaciones, y de un superávit en caso contrario. Antes de proseguir, vale la pena aclarar el papel del saldo exterior en una economía, pues uno tiende a pensar que un déficit es malo y un superávit bueno, cuando esto no tiene por qué ser así.

Volvamos a la isla de Robinson, en un momento posterior a la aparición de Viernes. Imaginemos que ambos se han repartido el trabajo, de modo que Robinson se ha especializado en la pesca y Viernes en la recolección de cocos, y que han decidido intercambiar cada coco por un pescado. Supongamos que, al final de un día cualquiera, Robinson le ha vendido 3 pescados a Viernes, y ha recibido a cambio 2 cocos: Viernes le ha quedado a deber un coco, lo que no importa, porque entre ambos hay confianza. Robinson tiene un superávit por cuenta corriente frente a Viernes, ya que, de los 3 pescados producidos para la venta, sólo ha gastado el equivalente de 2, en forma de cocos recibidos de Viernes; ha ahorrado el equivalente del tercer pescado, que le ha prestado a Viernes. Éste, por su parte, presenta un déficit de un coco en su cuenta corriente, ya que ha producido 2 cocos para la venta y ha recibido 3 pescados a cambio. Ha podido disfrutar de 3 pescados y de 1 coco más de los que hubiera tenido si su saldo exterior hubiera estado equilibrado: es el ahorro de Robinson el que permite a Viernes consumir más de lo que ha producido. Siguiendo este razonamiento, si Viernes

quiere invertir en construir una escalera, puede mantenerse mientras la construye recibiendo de Robinson pescados a crédito, en exceso de los cocos que él le entrega, bajo la promesa de devolvérselos más adelante, es decir, manteniendo con Robinson un déficit por cuenta corriente. Por su parte, Robinson mantiene un superávit, que corresponde a un ahorro por su parte —es decir, consume menos de lo que produce— que está financiando la inversión de Viernes. La observación que sigue resulta muy importante, porque parece ir contra el sentido común y, sin embargo, es cierta: *el déficit exterior es una fuente de recursos, que puede servir para financiar la inversión; por el contrario, quien mantiene un superávit exterior está financiando con su ahorro el consumo o la inversión del resto del mundo*.

Volviendo al mundo real, observamos que la Unión Europea mantiene un superávit por cuenta corriente con EE.UU.: vende a EE.UU. más de lo que le compra, y recibe la diferencia en forma de promesas de pago, no ya de palabra, como en el caso de Viernes, sino materializadas en billetes de banco, pagarés o letras, pero no en bienes y servicios. Así, la Unión Europea ha gastado menos de lo que ha producido, mientras que en EE.UU. está ocurriendo lo contrario. Mientras las promesas de pago no se ejecuten —es decir, mientras no gastemos nuestros dólares comprando bienes procedentes de EE.UU.—, estaremos financiando el consumo o la inversión de EE.UU. con parte de nuestro ahorro. Así, el déficit exterior tiene la naturaleza de un préstamo recibido del resto del mundo, y será bueno o malo según lo gastemos bien o mal, porque hay que devolverlo. Si nos lo gastamos en consumo, habremos de apretarnos el cinturón cuando llegue el momento de devolverlo; si lo invertimos bien, podremos devolverlo con creces. En esto, un país se parece a una empresa, o a una persona física.

Una vez aclarado el papel del sector exterior en las cuentas nacionales, podemos volver a la Figura 2.3 para buscar, como hicimos antes, la relación entre ahorro e inversión. Si atendemos a las entradas y salidas en el mercado de bienes, obtene-

mos, como antes, la demanda agregada según los diversos orígenes del gasto:

$$\text{Demanda agregada} = \text{consumo} + \text{inversión} + \\ + \text{gasto público} + \text{exportaciones} - \text{importaciones.}^5$$

La renta de las familias es, como antes, el valor del PIB, pero aumentado ahora por las transferencias recibidas; y esa renta se emplea en consumo, en ahorro o en el pago de impuestos directos:

$$\text{PIB} + \text{transferencias} = \text{consumo} + \text{ahorro} + \\ + \text{impuestos directos.}$$

Podemos escribir la expresión anterior como:

$$\text{PIB} = \text{consumo} + \text{ahorro} + \text{impuestos} - \text{transferencias.}$$

Al igual que en el caso anterior, el Producto Interior Bruto es igual a la demanda agregada; igualando la primera expresión con la última y reordenando un poco los términos, resulta:

$$\text{Inversión} = \text{ahorro} + (\text{impuestos} - \text{gasto público} - \\ - \text{transferencias}) + (\text{importaciones} - \text{exportaciones}).$$

El lector no debe fijarse en el álgebra —puede estar seguro de que es correcta— sino en el significado de esta expresión, que es de gran importancia. Nos indica que *la inversión se financia con recursos procedentes de tres fuentes*: la primera es el *ahorro privado*, como antes; la segunda —el primer término entre paréntesis— es el *ahorro público*. En efecto, la diferencia entre los

5. A veces, la rúbrica de inversión suma la privada y la pública, y a veces la pública se considera gasto. El gasto público no incluye los pagos de la Seguridad Social, que se consideran transferencias; pero no hay unanimidad en estos detalles.

impuestos y los gastos y transferencias es el exceso de lo que el Estado ingresa y lo que gasta, que es lo que, como en el caso de las familias, llamamos ahorro. La tercera —la diferencia entre importaciones y exportaciones— es el *ahorro exterior*, el déficit por cuenta corriente, que, como acabamos de ver, es una fuente de recursos para la inversión.

La expresión anterior nos hace ver que un mayor déficit público detrae recursos para la inversión igual que un mayor consumo privado; o que es posible mantener un elevado nivel de inversión con un bajo nivel de ahorro, siempre que el resto del mundo ahorre por nosotros y nos permita mantener un déficit por cuenta corriente. Así, en EE.UU., el nivel de inversión ha permanecido relativamente constante, pese a que el ahorro público se ha vuelto negativo —las cuentas públicas han pasado de superávit a déficit— y el ahorro privado ha alcanzado cifras muy bajas.

Este esquema de las cuentas nacionales es muy rudimentario, pero basta para seguir la marcha de la economía con las estadísticas habituales; antes de ilustrar los conceptos básicos con algunos datos que les den vida, introduciremos algunas complicaciones, de las que el lector podría prescindir en circunstancias normales, pero que le resultarán útiles cuando se trate de comprender lo que son las crisis.⁶

Tiempo, dinero, incertidumbre

Nuestro esquema del flujo circular presenta una imagen idílica de lo que es una economía: los años se suceden unos a otros, las

6. Hay innumerables detalles, algunos importantes, que hemos pasado por alto. Por ejemplo, el lector puede preguntarse dónde han ido a parar los impuestos indirectos (el IVA en nuestro caso) que suponen la mitad de la recaudación fiscal. La respuesta es que los impuestos indirectos se añaden a la cifra que resulta de sumar el valor de la producción a la salida de las empresas —el llamado valor añadido bruto— para obtener la cifra del PIB.

decisiones de unos y otros encajan entre sí, aunque quizá con pequeños desajustes temporales que se van compensando; pensándolo bien, el esquema es una buena descripción de una economía estacionaria: los factores cedidos por las familias van a producir bienes que son consumidos por las familias; los bienes son casi los mismos de un año a otro, y las cantidades producidas varían muy lentamente, salvo en caso de guerra o de catástrofe natural. Se trata, en realidad, de una descripción de lo que ha sido la economía de toda la humanidad a lo largo de casi su historia conocida: como vimos en el capítulo anterior, el crecimiento económico es un fenómeno muy reciente. Sin embargo, esta descripción, que aún recogen nuestros manuales, no se ajusta a lo que ocurre en las economías industriales en tres aspectos tan importantes, que ignorarlos hace muy difícil ver lo que de verdad ocurre en ellas.

El primero tiene que ver con el *tiempo*: en nuestro esquema, la economía parece partir de cero el primer día de enero; o, si se quiere, no nos preguntamos qué ocurre en ella pasado el último día de diciembre. En realidad, sin embargo, quienes gasten más de lo que ingresan llegarán a final del año endeudados, mientras que otros, que habrán gastado menos de lo que ingresaban, habrán acumulado riqueza en forma de derechos frente a sus deudores. Sólo por este hecho, la conducta de unos y otros puede ser distinta al año siguiente de lo que fue este año: los primeros pueden decidir gastar menos para reducir su deuda; los segundos pueden decidir gastar más, pero también pueden decidir seguir acumulando riqueza. Dicho de otro modo, no nos basta saber lo que ha ocurrido hoy para prever cómo se comportará la gente mañana: es necesario saber algo de su historia pasada. Además, si los despilfarradores persisten en gastar más de lo que ganan, puede ocurrir que los ahorradores se nieguen a seguir financiándolos, y que ello cause de una brusca caída del consumo, aunque nada haya pasado en la «economía real» de nuestro flujo circular. Nuestro esquema se limita a considerar el presente, el flujo de bienes y servicios que circula por la eco-

nomía en un momento dado: no registra las variaciones de la riqueza que resultan de las diferencias entre ingresos y gastos a lo largo de varios períodos. Como veremos al tratar de las crisis, esos movimientos en el plano financiero tienen una influencia a veces determinante sobre lo que ocurre en la economía real.⁷

Volvamos por un momento a considerar el ahorro y la inversión. Ya hemos visto que ahorradores e inversores toman sus decisiones por separado; pero hay más: los ahorradores no suelen comprar bienes de inversión (máquinas o carreteras) con sus ahorros, sino activos financieros: depósitos bancarios, títulos de deuda pública u obligaciones privadas o, como máximo, acciones de empresas; es el sector financiero el que hace llegar el dinero de los ahorradores a la caja de las empresas, para que éstas puedan producir los bienes de inversión que necesitan. Los inversores, que se endeudan para invertir, procurarán que esa deuda se ajuste a sus necesidades: si esperan que su inversión empiece a rendir a los cinco años, tratarán de endeudarse por cinco años, no por tres meses; los ahorradores colocarán su dinero en activos (deuda de bancos y empresas) que se ajusten también a sus necesidades: no es lo mismo ahorrar para cambiar de coche que para completar la pensión de jubilación. Esta diversidad de necesidades y de preferencias está en el origen de la gran variedad de instrumentos financieros que uno puede encontrar en nuestros mercados.

Por sí sola, no obstante, semejante variedad no introduce una complicación esencial en nuestro esquema. Supongamos que las familias, en su conjunto, deciden ahorrar más. Es lícito suponer que lo hacen por el deseo de disponer de mayor renta en el futuro (¿para qué ahorrar, si no?); querrán, por consiguiente, que sus ahorros vayan a producir bienes que generen

7. Por emplear una analogía contable, diríamos que nuestro flujo circular tiene las dimensiones de una cuenta de resultados, mientras que la riqueza quedaría recogida en el balance de la economía, un documento por cierto inexistente.

un rendimiento que pueda compensarles; es decir, que sean empleados en la producción de bienes «productivos» (camiones, hoteles o edificios de oficinas). Naturalmente, el mayor ahorro de las familias supondrá una menor venta de bienes de consumo; tarde o temprano una caída en su producción, y seguramente un menor empleo de trabajadores en el sector de bienes de consumo. Pero al mismo tiempo la mayor demanda de bienes de inversión será causa de una mayor producción de esos bienes, de modo que, tras un período de ajuste, los recursos liberados por el sector de consumo se verán empleados en el de bienes de inversión. En pocas palabras: un aumento del ahorro no tiene por qué causar un aumento del paro. Una economía de mercado libre de interferencias oscila siempre en torno al pleno empleo.⁸

Pero —aquí viene la complicación— las familias pueden decidir mantener parte de sus ahorros en *dinero*. En seguida veremos por qué; pero antes preguntémosnos por las consecuencias de esa decisión. El mayor ahorro provocará, como antes, una menor demanda de bienes de consumo; pero, a diferencia de lo que ocurría en ausencia de dinero, esa menor demanda no se verá compensada por una mayor demanda de bienes de inversión: el Banco Central o los bancos comerciales son quienes crean el dinero, y para ello necesitan más recursos que papel y tinta, de modo que ahora los recursos liberados por el sector de bienes de consumo no serán reclamados por el sector de bienes de inversión: si no ocurre nada, quedarán desocupados. Ya no hay razón para suponer que la economía se ajusta automáticamente al pleno empleo de sus recursos.

Pero ¿no es ésta una situación artificial? ¿Por qué iba uno a mantener sus ahorros en dinero, que no rinde nada, y no en activos, que producen una renta, un interés o un dividendo? Aquí interviene la tercera complicación: la *incertidumbre*. En circunstan-

8. Esta es una manera de enunciar la llamada Ley de Say: la oferta crea su propia demanda.

cias normales, cuando uno mira al futuro, algunos sucesos se le antojan como casi seguros, otros como probables, otros como muy improbables, otros como prácticamente imposibles, y suele basar sus decisiones pensando que sucederá lo que considera más probable; sabe que tiene cierta probabilidad de equivocarse, y en esa probabilidad radica el riesgo de su decisión. Pero puede ocurrir que, frente a una decisión muy grave, o irreversible, o en momentos muy excepcionales para los que no encuentra precedente, se dé cuenta de que no sabe qué pasará: que no puede predecir el futuro de ninguna manera. Si ése es el caso, el sujeto se enfrenta, no al riesgo, sino a la incertidumbre. La distinción tiene mucha importancia, porque, en situaciones de incertidumbre, el dinero tiene una propiedad que le distingue de todos los demás activos: es el único con el que uno puede, con toda seguridad, saldar una deuda, ya que, en la inmensa mayoría de los casos, nuestras obligaciones están expresadas en términos de dinero, y el dinero es moneda de curso legal, es decir, de aceptación obligatoria. *En los momentos difíciles, el dinero es el único activo verdaderamente líquido, y esta característica lo diferencia de todos los demás.*

Resumamos: hemos introducido en nuestro flujo circular tres complicaciones que lo hacen menos bucólico, pero mucho más parecido a las economías que conocemos. No se trata de complicaciones rebuscadas: fue la combinación de estas tres (una enorme acumulación de deuda en algunos sectores, la desorientación que sembró en el sector bancario el asunto de las hipotecas de mala calidad y la súbita afición por el dinero líquido que se apoderó de todo el mundo como consecuencia de esa incertidumbre) la que proporciona el punto de partida para el análisis de la crisis financiera actual en el Capítulo 10.

La economía en datos

En el esquema del flujo circular de la Figura 2.1 podía uno apreciar cómo era posible medir el PIB de una economía en distintos

CUADRO 2.2. Estructura productiva de la economía española (% PIB 2003)

Agricultura y pesca	2,9
Energía	2,7
Industria	14,7
Construcción	9,1
Servicios	64,0
de mercado	50,5
no de mercado	13,5
SIFMI*	-3,4
Impuestos netos	10,0

* Servicios de Intermediación Financiera Indirectamente Medidos.

FUENTE: INE, Contabilidad Nacional de España.

puntos del circuito, de modo que se obtendrán en cada uno una descomposición distinta de la misma cifra, el valor de los bienes y servicios producidos en un año por la economía. Cada descomposición nos da una información distinta: midamos, por ejemplo, el PIB a la salida de las empresas, es decir, por el lado de la producción. El Cuadro 2.2 ofrece los datos de la economía española.

Al medir el PIB por el lado de la producción obtenemos información sobre la estructura productiva de la economía: así, el cuadro nos indica que en España, país *eminente agrícola* hace una generación, algo menos del 3 por 100 de la producción procede hoy de las actividades agrícolas y pesqueras; que las actividades cuyo fruto es algo material —un producto— suman algo más de un tercio del PIB; y que el 64 por 100 corresponde a los servicios. La mitad del PIB proviene de los *servicios de mercado*, es decir, los que se compran y venden, desde las peluquerías a los bancos de inversión, pasando por las profesiones liberales o el transporte. Los servicios no de mercado comprenden casi todos los que presta la Administración, desde la justicia hasta la sanidad pública, los cuales, como se ve, dan cuenta de una parte del PIB superior a la de actividades tan consolidadas como la construcción, y son casi tan importantes como la indus-

CUADRO 2.3. La distribución funcional de la renta en la economía española (2003)

Remuneración asalariados	49,8
Excedente bruto de explotación	39,8
Impuestos sobre producción e importaciones	10,4

FUENTE: INE, Contabilidad Nacional de España.

tria.⁹ Una ojeada al PIB desde esta perspectiva nos depara algunas sorpresas.

Si se mide el PIB por la corriente de ingresos de las familias, se obtiene la renta nacional, y su distribución según los servicios que éstas prestan. Es lo que hace el Cuadro 2.3 para la economía española.

La distribución de la renta que resulta de esta medida del PIB se llama *funcional*, porque no recoge la renta que va a cada familia —la distribución *personal*— sino la que corresponde a cada tipo de factor de producción, tal como aparece en la Figura 2.1: renta de la tierra, interés del capital, dividendos distribuidos a los accionistas de las empresas y remuneración de los asalariados. En general, la contabilidad nacional da una información muy esquemática sobre la distribución funcional. Sólo separa la remuneración de los asalariados del resto: beneficios, intereses y otras rentas van incluidos en el concepto de «excedente bruto de explotación» que, en una economía como la española, recibe casi el 40 por 100 de la renta nacional, mientras que la remuneración de los asalariados recibe casi el 50 por 100.

9. ¿Cómo se valoran los servicios? La contabilidad nacional es más precisa con la producción material, que, como vemos, es una parte decreciente del PIB; los servicios suelen valorarse por los salarios del personal empleado. Así, si sube el salario de los jueces, el PIB registra el aumento correspondiente; lo mismo sucede si sube el salario de los agentes encargados de poner multas de tráfico, aunque el consumidor puede tener dificultades en asignar ese aumento del PIB a una mayor producción de algo útil. La partida de SIFMI corresponde a los servicios de intermediación financiera indirectamente medidos, y tiene interés para el especialista. La inclusión de los impuestos indirectos corresponde a lo dicho en la nota anterior.

Así, a primera vista, el cuadro anterior no aporta mucha información; sin embargo, si comparamos la cifra correspondiente a la remuneración de asalariados con la de otros países, podemos observar que la española queda algo por debajo de la de otros países industrializados, en que el porcentaje oscila en torno al 55 por 100.

La medida del PIB que se ofrece más a menudo es la relativa al mercado de bienes y servicios. Las entradas corresponden a la oferta de bienes y servicios, es decir, a la producción; las salidas, a las órdenes de compra sobre esa producción, las cuales equivalen al gasto de consumo de las familias, a la inversión de las empresas, al gasto del sector público y a las exportaciones netas, es decir, al saldo de la cuenta corriente: el total de esos componentes del gasto es lo que hemos llamado *demanda agregada*. A corto plazo, es la demanda agregada, y no la oferta, la que domina el ciclo; veremos más adelante cómo la política económica se propone suavizar el ciclo, y actúa, por consiguiente, sobre los componentes de la demanda; por todo ello es especialmente importante seguir la evolución de los distintos componentes de esa demanda.

La primera línea del Cuadro 2.4 agrupa el consumo final total, sumando el de las familias, que consumen el equivalente del 57;1 por 100 del PIB, y el de las Administraciones públicas, que dan

CUADRO 2.4. Estructura de la demanda agregada en España (% PIB 2003)

Consumo final	75,7
Hogares	57,1
Administraciones Públicas	18,6
FBC	25,9
FBCF	25,4
Variación de existencias	0,4
Exportaciones de bienes y servicios	27,8
Importaciones de bienes y servicios	29,4

FUENTE: INE, Contabilidad Nacional de España.

cuenta del 18,6 por 100. Se llama FBC, Formación de Capital Bruto, a la inversión, en la que suele distinguirse la formación bruta de capital fijo —maquinaria e infraestructuras, construcción— de la variación de existencias: éstas corresponden a la inversión no prevista de nuestro ejemplo y, en la práctica, es una partida que se emplea para cuadrar las cuentas. Las dos líneas siguientes corresponden al sector exterior, y muestran que las importaciones (M) son mayores que las exportaciones (X): ya en 2003, la economía española registraba un déficit por cuenta corriente.

Tiene interés, por último, comparar la estructura de la demanda agregada por países (Cuadro 2.5), porque presenta algunos rasgos comunes, y también grandes diferencias.

El componente mayor de la demanda agregada, sin excepción, es el consumo privado (C), que recoge el hecho que la función principal de una economía nacional es satisfacer las necesidades de sus ciudadanos. El consumo registra, sin embargo, variaciones apreciables de un país a otro: suele ser más alto en países muy pobres, como Burkina Faso, donde representa el 82 por 100, que en países muy ricos, como Bélgica con el 54 por 100. Hay, sin embargo, excepciones a esta regla: en EE.UU. el consumo privado es una parte mucho más elevada del gasto total (71 por 100) que en la Unión Monetaria (57 por 100) o en España (58

CUADRO 2.5. Estructura de la demanda agregada en varios países (% PIB 2003)

	C	I	G	X	M
Austria	57	22	19	53	51
Bélgica	54	20	22	84	80
Burkina Faso	82	18	13	8	22
China	44	49	13	29	26
Dinamarca	47	21	26	44	39
Unión Monetaria Europea	57	20	20	36	34
España	58	25	18	28	30
EE.UU.	71	18	15	10	14

FUENTE: Banco Mundial, *World Development Indicators* (WDI), 2004.

por 100); en China es extraordinariamente bajo (44 por 100); y en Dinamarca es bajo (47 por 100), pero puede que la explicación esté en un nivel de consumo público más elevado que la media.

Es normal que la inversión (I) absorba una parte mayor del gasto en un país rico que en uno pobre, en tanto que gran parte de la inversión consiste en infraestructuras —redes viarias, de energía, de comunicaciones—: mientras los países más avanzados se limitan a atender su desarrollo vegetativo, los que se encuentran en vías de desarrollo deben construirlas; en general, la parte correspondiente a la inversión está en torno al 20 por 100 del PIB en un país avanzado, y entre el 25 y el 30 por 100 en un país en desarrollo. Aquí también hay excepciones a esta regla, como es el caso de Burkina Faso, que apenas invierte, o China, que invierte una parte extraordinariamente elevada de su PIB.

La columna correspondiente al gasto público (G) permite recordar que bajo la rúbrica de gasto público no se recogen todos los gastos del gobierno, sino sólo las compras de bienes y servicios que éste lleva a cabo. En los países avanzados, son las transferencias, y no el gasto directo, la principal actividad económica del Estado: si se incluyen los pagos de la Seguridad Social —pensiones y desempleo— y el gasto en educación y sanidad públicas, el porcentaje de recursos que pasan por las manos del Estado en una economía avanzada se acerca al 50 por 100 del PIB. Prescindiendo de las transferencias, el cuadro presenta las diferencias esperadas: el porcentaje del gasto público es superior en los países europeos que en EE.UU. La cifra de Burkina Faso nos recuerda que un bajo porcentaje de gasto público suele ser característico, no tanto de un Estado muy liberal como de un sector público que no puede siquiera mantener los servicios básicos.

Las dos últimas columnas corresponden al sector exterior (exportaciones, X, e importaciones, M), y la diferencia entre ambas da el saldo por cuenta corriente de cada país: la UE mantiene un superávit con el resto del mundo y EE.UU. un déficit, y cómo los países más pobres suelen tener dificultades para equilibrar su balanza de pagos: así, el déficit por cuenta

corriente de Burkina Faso alcanza el 14 por 100 de su PIB. Por último, el papel del déficit exterior puede analizarse comparando el caso de EE.UU. con el de España: en ambos casos el sector exterior presenta un saldo negativo, lo que indica que el resto del mundo está financiando el gasto de ambos. Pero, si atendemos a la columna de inversión, observaremos que el porcentaje correspondiente a la inversión en EE.UU. es bajo (el 18 por 100), mientras que el de España es el más alto de la lista, después de China; es una indicación de que, en EE.UU., el déficit financia el consumo, y en España, la inversión. Si esto es así, podemos inferir que España hace un «buen» uso del ahorro exterior prestado, y EE.UU. no.¹⁰

Producto Interior Bruto nominal y real

Para terminar, es preciso despejar una ambigüedad con la que hemos estado entreteniéndolo al lector, para no complicarle las cosas: durante todo el capítulo hemos hecho referencia al PIB, a veces como un flujo de bienes y servicios, a veces como una cantidad de dinero; si bien la producción de una economía consiste en una lista de productos —tantos calcetines, tantos automóviles, tantas casas—, cuando hablamos del PIB mundial decimos que éste es de 33 billones de dólares. ¿Cómo pasamos de uno a otro, de la producción física al valor de esa producción? A primera vista, la respuesta es sencilla: multiplicamos el número de calcetines por su precio, hacemos lo mismo con los automóviles y las casas, y sumamos el total. Pero ya vimos en el Capítulo 1 que la cosa no es tan sencilla. Si queremos comparar el PIB de China con el de EE.UU., ya vimos que el resultado es muy dis-

10. Aunque lo emplee un político, el argumento no está exento de dificultades: si una gran parte de la inversión se destina a la construcción residencial, que se clasifica bajo la rúbrica de inversión, no se ve bien cómo esa inversión aumenta nuestra capacidad de producción y, por consiguiente, ayuda a devolver el préstamo.

tinto si multiplicamos la producción de China por los precios locales o por los precios vigentes en EE.UU.; si empleamos estos últimos, el resultado es tres veces mayor que si empleamos los primeros, sin que pueda decirse que unos, y no otros, son los precios correctos: sencillamente, las cifras obtenidas nos dan distinta información.

El problema subsiste cuando queremos comparar cifras, no a través del espacio, sino a lo largo del tiempo: al medir, por ejemplo, el crecimiento de una economía de un año a otro. Si el PIB de una economía es de diez mil millones de euros hoy, y de once mil a finales del año que viene, ¿en qué sentido podemos decir que la economía ha crecido el 10 por 100? Sabemos que el valor del PIB, lo que costaría comprarlo, ha crecido un 10 por 100; pero no sabemos lo que de verdad nos interesa saber: si la producción física —el número de calcetines, automóviles y casas— ha crecido también un 10 por 100: puede ser que los precios hayan aumentado y la producción, por consiguiente, haya aumentado menos de un 10 por 100, o incluso nada. Para eliminar el efecto de los precios, lo único que puede hacerse es *multiplicar la producción física por los precios de un mismo año*. Ésta es la operación que llevan a cabo los encargados de elaborar estadísticas para pasar del *PIB en términos nominales* al *PIB en términos reales*: se elige un año, normalmente llamado año base, y se emplean los precios del año base para multiplicar las cantidades producidas en los restantes años: los resultados obtenidos eliminan los efectos de la inflación, y son, por consiguiente, una medida del crecimiento real, es decir, del crecimiento de la producción física.¹¹

Un ejemplo puede ayudar al lector aficionado a las cifras (y sólo a éste): se trata de calcular el crecimiento, entre el año 0

11. Los datos así corregidos suelen denominarse «en términos constantes», o «a precios constantes» en las estadísticas; también es corriente que se mencione el año que ha servido de base para los cálculos. Los que no están corregidos, donde las cantidades de cada año se multiplican por los precios de cada año, se denominan «en términos nominales» o «a precios corrientes».

CUADRO 2.6. Datos para el cálculo del crecimiento del PIB

Bienes	Año 0			Año 1		
	Cantidad	Precio	Valor	Cantidad	Precio	Valor
Cañones (unidad)	1	10	10	2	20	40
Mantequilla (Tm)	30	1	30	35	1	35
PIB nominal			40			75

y el año 1, de una economía que produce sólo dos bienes, cañones y mantequilla, en las cantidades y a los precios del Cuadro 2.6:

Con estos datos, es posible calcular:

- a. El crecimiento del PIB nominal, que se obtiene directamente del cuadro:

$$\text{Crecimiento nominal: } (75-40)/40 \times 100 = 87,5\%$$

- b. El crecimiento real, tomando como año base el año cero. Se obtiene multiplicando las cantidades del año 1 por los precios del año cero, y calculando el crecimiento correspondiente:

$$\text{PIB del año 1 a precios del año 0: } 2 \times 10 + 35 \times 1 = 55$$

$$\text{PIB del año 0 a precios del año 0: } 1 \times 10 + 30 \times 1 = 40$$

$$\text{Crecimiento real (base: año 0): } (55-40)/40 \times 100 = 37,5\%$$

- c. El crecimiento real, tomando como base el año 1:

$$\text{PIB del año 1 a precios del año 1: } 2 \times 20 + 35 \times 1 = 75$$

$$\text{PIB del año 0 a precios del año 1: } 1 \times 20 + 30 \times 1 = 50$$

$$\text{Crecimiento real (base: año 1): } (75-50)/50 \times 100 = 50\%$$

Como se ve, el cálculo en términos nominales nos da una cifra muy alejada de lo que de verdad queremos saber: en efecto, sugiere que el PIB casi se ha doblado (un crecimiento de 87,5 por 100), cuando en realidad sólo ha doblado la producción de cañones; la de mantequilla, en cambio, ha crecido sólo un 17 por 100. En cuanto a la diferencia entre las cifras resultantes de tomar uno u otro año como base, se explican porque en el año 1 ha

aumentado tanto la cantidad como el precio de los cañones: los precios del año 1 darán una cifra más elevada que los del año 0. En la práctica, la diferencia entre ambas cifras es pequeña, y lo más importante es que siempre se emplee el mismo año base.

Este sencillo cálculo da una idea de las dificultades inherentes a la construcción de series estadísticas del PIB, ya que de un año a otro varían los productos, sus calidades y sus precios, y de la escasa precisión con que obtenemos una medida de algo tan importante como el PIB. Cuando se trata de comparar cifras de países distintos y en momentos del tiempo muy alejados entre sí, las cifras, por muy rigurosa que haya sido su elaboración, sólo pueden ser indicativas, aunque aun así pueden darnos informaciones valiosas.

Limitaciones del uso del PIB

El PIB se emplea a menudo como patrón de bienestar, y su tasa de crecimiento, como medida universal de la salud de una economía. Éstos son usos abusivos del concepto, y hay que poner al lector en guardia contra ellos. El PIB es un concepto muy útil, pero también muy limitado. Indiquemos tres de sus limitaciones más importantes. En primer lugar, están las dificultades estadísticas a que hemos hecho alusión, como las debidas a la aparición de nuevos productos, o a la necesidad de emplear números índices, de precios o cantidades, necesariamente imperfectos. Estas limitaciones son conocidas, y no son quizá las más importantes.

En segundo lugar, el concepto de Producto Interior Bruto, o su equivalente, el de Renta Nacional, es, como su nombre indica, un concepto de renta. Si un individuo tiene un capital de 100 que da una renta del 3 por 100, puede consumir cada año tres unidades por tiempo indefinido: si quiere gastar cuatro unidades al año empezará a consumir su capital, y al cabo del tiempo éste se habrá agotado. El concepto de PIB corresponde a ese concepto de renta a la escala de una economía; y, por consi-

guiente, un cálculo correcto debe restar del total la producción de aquellos recursos que no pueden ser renovados: yacimientos de metales o pozos de petróleo, por ejemplo, o incluso bosques que tardan mucho en reproducirse. Ese cálculo no es el que se hace en la práctica: se incluye en la cifra anual del PIB la producción total de petróleo, por ejemplo, como si el recurso existiera en cantidades ilimitadas y pudiera contarse con él por siempre; el resultado es, naturalmente, que el cálculo convencional sobreestima el verdadero PIB, al dar una cifra que es, en parte, verdadera renta, y, en parte, consumo de capital, es decir, de riqueza del país. Con este procedimiento, a medida que el PIB crece, la riqueza disminuye. El error puede ser a veces muy significativo. En el caso de Indonesia, por ejemplo, la tasa de crecimiento del PIB del 7,5 por 100 anunciada durante la década de los ochenta se redujo a la mitad cuando se tuvo en cuenta el consumo de recursos forestales no renovables; en el caso de Bangladesh, unas estimaciones indican que, entre 1965 y 1993, la riqueza media de sus ciudadanos, es decir, el capital no renovable del país, se había reducido en un 50 por 100; las mismas estimaciones muestran que, en el mismo período y con la excepción de China, la riqueza media había ido disminuyendo a medida que crecía el PIB.¹²

Por último, el PIB es una medida muy imperfecta del bienestar, porque no incluye factores, como la esperanza de vida, que guardan relación con el PIB, pero que no se miden en las estadísticas; tampoco incluye factores negativos, como el aumento de horas trabajadas, la ansiedad o la insatisfacción de trabajadores y ciudadanos en países avanzados, cuya presencia está amplia-

12. Véase McKibben, *Deep Economy*, 2007. Las estimaciones originales son de Partha Dasgupta. En la práctica, no es fácil decidir hasta qué punto un recurso no es renovable: el petróleo no lo es, como no lo es la madera, pero ¿y la energía? Si puede confiarse en que una fuente irá siendo sustituida por otra, como ha ocurrido durante los últimos dos siglos, no es fácil saber qué tasa de depreciación aplicar a los recursos hoy conocidos.

mente documentada. Para terminar, es muy probable que el bienestar de una sociedad dependa no sólo del volumen del PIB, sino de su distribución. Algunos países parecen mostrar una marcada preferencia por una distribución de la renta bastante igualitaria, otros no; y en este terreno es la opinión del ciudadano, no la del economista, la que cuenta. En resumen, el PIB es, a lo sumo, un indicador de algunos aspectos del desarrollo de una economía, pero no puede emplearse como patrón de medida del grado de bienestar de una sociedad.

Resumen

Este capítulo se ocupa de los conceptos más básicos de la macroeconomía, que se agrupan en las cuentas nacionales. Son conceptos relativamente recientes, y su empleo en un cuadro contable no tiene más de ochenta años. Su utilidad es sobre todo práctica: así, si bien es casi imposible definirlos en términos rigurosos, son de gran ayuda cuando se trata de entender la marcha de una economía. La exposición que antecede, pues, se justifica por tratar de familiarizar al lector con el significado de términos de uso cotidiano con objeto de lograr que afronte sin temor las previsiones de los expertos y las afirmaciones de los políticos. Un grado de precisión algo mayor, sin llegar a ser satisfactorio, sólo puede lograrse con muchas complicaciones; por eso hemos tratado de mantenernos en este terreno informal.

El punto de partida es tan práctico como robusto: una economía de mercado está constituida por agentes distintos, pero interdependientes entre sí. La renta ganada por unos se gasta en la compra de bienes producidos por otros; el dinero ingresado por éstos se gasta en la compra de servicios para seguir produciendo. Lo que mueve la economía en el corto plazo es la comparación entre las expectativas de unos y otros y lo que realmente ocurre, es decir, de los desajustes entre la oferta y la demanda. Esta última proviene de agentes que obedecen a mo-

tivaciones distintas: una familia, una empresa o el sector público tienen objetivos distintos, y responden a estímulos distintos; de ahí la utilidad de separarlos. Los desajustes entre oferta y demanda se transmiten a los agentes sobre todo a través de los precios; pero pueden tardar mucho en resolverse, y ese retraso es lo que da pie a la existencia de la política económica.

Una de las bases del crecimiento es la inversión, y ésta se financia con el ahorro: un mayor ahorro significa necesariamente un menor consumo. Sin embargo, las economías domésticas —las familias— no son las únicas fuentes de ahorro, ni las empresas los únicos destinatarios posibles: el sector público puede contribuir a la generación de ahorro, o puede competir con las empresas por el ahorro de las familias; el resto del mundo puede financiar nuestra inversión, o, al contrario, nosotros podemos financiar la inversión de otro país, a través del saldo de nuestra cuenta corriente.

Por último, una ojeada a las cuentas nacionales y, en particular, a la estructura de la demanda agregada —lo que los políticos llaman el cuadro económico— puede darnos información interesante sobre la marcha de un país y la salud de su economía; aunque hay que tener cuidado en usar el PIB para juzgar el grado de bienestar de una economía.

Notas de lectura

El material relativo a las cuentas de una economía se encuentra, con mayor o menor detalle, en cualquier manual de macroeconomía. Para el lector no profesional puede tener más interés la literatura dedicada a las limitaciones del uso del PIB a que hemos hecho referencia en el último apartado, porque enlaza con muchas de las críticas a la economía de mercado y al capitalismo. La referencia clásica es el libro de E.F. Schumacher, *Small Is Beautiful*, publicado por primera vez en 1973. Una reciente, muy amena, es la de Bill McKibben, *Deep Economy*, 2007. La crisis inmobiliaria ha puesto de actualidad ideas relegadas a la oscuridad desde hace dos

generaciones, que son muy útiles para el análisis del funcionamiento de una economía de mercado. La referencia original es, naturalmente, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de J. M. Keynes (1936). Una explicación reciente y de muy fácil acceso es la de P. Davidson, *John Maynard Keynes* (2007), en especial los capítulos 5 y 7.

Capítulo 3

LA INFLACIÓN

Tanto el mundo de los negocios como los economistas reconocen desde hace tiempo que un período de precios al alza actúa como estímulo para el espíritu de empresa y es beneficioso para el empresario.

J. M. KEYNES, *The Social Consequences of Changes in the Value of Money*, 1923

Introducción

La frase de Keynes que encabeza este capítulo parece referirse a otro planeta: ¿qué economista se atrevería hoy a suscribirla? Durante las tres últimas décadas se ha ido abriendo camino la idea de que la inflación es un mal, y, además, un mal innecesario: que una economía sana puede y debe crecer casi sin inflación. Lo más curioso del caso es que Keynes la escribió justo al final de una de las peores hiperinflaciones de la historia reciente, y antes de la Gran Depresión, que nos hizo ver que, si la inflación es mala, la deflación, su contraria, es mucho peor. La cita viene a recordarnos que la opinión, como la economía misma, posee sus propios ciclos, y es posible, aunque no parece muy probable, que la frase de Keynes vuelva a estar de moda en el futuro.